**22 noviembre 2018**

**Carlos Román.**

Buenos días. Hablamos de Carlos Román:

Fíjense, algunos, algunas llegamos a decir que hablábamos en Román paladino, carlosroman paladino, y eso en los mejores casos, en nuestros mejores momentos, como si fuéramos capaces de ser Carlos por un día y si no su inteligencia su mesura, su elegancia, su seny de uva malagueña y exacta, al menos tener esa manera tan suya de nombrar el mundo. De dar una mala noticia con la mejor de las sonrisas. **Una victoria más y estamos perdidos** tituló uno de sus brillantes análisis sobre la economía andaluza en aquella modernización de la que nunca quiso bajarse porque el siempre creyó en ella.

No imaginan la gratitud y el pudor que tengo esta mañana para hablarles precisamente a ustedes de Carlos Román, para hacerlo en un foro que justamente le reconoce su valor intelectual y su clarividencia en asuntos de la economía, para hacerlo además antes amigos profundos y largos como José Luis Osuna y tantos otros, amigos a los que envidio lo mucho que lo trataron y lo mucho que lo quisieron. Si por algo merezco estar aquí es por la generosidad de José Luis y por lo mucho que lo admiré, lo quise y sobre todo aprendí de él.

Inevitablemente puedo hablar más cómoda de mi Carlos Román, de Carlos Román para Mí pero a la vez quisiera ser capaz de hablar del Carlos Román de todos nosotros, también para quienes no lo hayan conocido en persona. Para ustedes, y en este foro, el profesor Román tiene toda la autoridad a la que obliga el rigor académico, que nunca traicionó, y toda la autoridad moral de su valentía para ir más allá de donde hablan los números y hasta las palabras y descubrir una economía donde las emociones, los sentimientos, el dolor o la alegría formaban parte del balance final.

Antes de que la Onu hablara de los indicadores de desarrollo humano más allá del número de electrodomésticos o de renta Carlos Román incluía la felicidad como parte de Ese estado del Bienestar que fue su Sangriglá y que sin mesianismo demostró que era posible. Que nada más peligroso para la riqueza que la desigualdad, que nada más doloroso que la desigualdad, que nada más desestabilizador para todas las deudas , primas o ajustes que las personas no sean felices.

Porque los infelices no tienen nada que perder.

Y es que Carlos Román si no el último, que por el bien de todos espero que no, era un humanista. Humanista, sí, ese concepto que empareja a la universidad con el conocimiento, con la curiosidad intelectual y con la sensibilidad creativa. El humanismo eso que en un nivel de calle si me permiten podemos llamar cultura general. Y civismo. Las humanidades eran esenciales para el conocimiento exacto del mundo, ¿recuerdan? Claro que eso era antes de que los estructuralistas entraran a saco en nuestros libros de texto y convirtieran la lengua en una ciencia forense y se colaran, ladinamente como termitas sigilosas, en todas la asignaturas y las convirtieran en reinos de taifas que enseñoreadas conquistaran a la propia universidad, Esa Universidad , como concepto, como ámbito, que habíamos heredado de Constantinopla y de las *madrassas* cordobesas, esos foros del saber que arrancan de la Edad Media y que han permanecido a pesar de todos los cambios y todas las fracturas de paradigmas.

Pero llegaron los estructuralistas se instalaron en nuestra manera de ordenar el mundo y parieron esos aliados indispensables que son los departamentos y los cuatrimestres por materias. Luego llegaron o ya estaban allí las burocracias las propias y ajenas, los saberes por cápsulas, los nacionalismos por especialidad. Reconozco que esto que digo sería una barbaridad en ningún modo admisible por ustedes, respetada concurrencia, si no estuviéramos precisamente en un homenaje a ese universitario integral y rey del eclecticismo y la ironía que es, que era Carlos Román.

Román que vengo diciendo nunca entendió el saber como un cajón que podía llenarse sino como una ventana a la que el horizonte pudiera ensanchársele tanto como uno quisiera. Por eso nos fascinó a tantos por eso fue capaz de hacer apetecible ese lugar -no -lugar que fue el instituto de desarrollo regional y que a pesar de una nomenclatura tan de viejos-nuevos- ministerios logró darle un halo de modernidad, de eclecticismo, de sex appel si me apuran.

Porque Carlos era un divulgador además en doble sentido. Traía a la calle donde estábamos los demás, a las radios y a los periódicos y hasta a la tele en mi caso el saber de la aulas y llevaba la calle a las aulas. Como se va a hablar de economía de los años ochenta y desconocer a Cioran o a Golpes Bajos o las fotografías de García Alix y los dibujos de Ceesepe.?

Carlos Román, que fue capaz de convertir en mantra aquella frase **de Las cosas son como son, al menos en parte** sin que nadie jamás pensáramos que era un malabarista de principios o un mal imitador de Groucho Marx. Carlos Román que precisamente nos enseño lo contrario que hay que tener principios y valores muy sólidos para que no te asusten los de los demás, que hay que saber mucho para amar el debate, para entender que los puntos suspensivos y los de interrogación son los que hacen que las ideas no mueran. Y quien dice ideas dice ideologías, algo muy diferente a recitar consignas o hablar de **lo nuestro y los nuestros.**

Inevitablemente y por mi condición de periodista, de periodista de programas y de cultura y de gestora de emisoras el Carlos Román que yo vengo a compartir con ustedes era un seductor al que la seducción le parecía una manera más de llegar al conocimiento. Una seducción que precisamente tiene que ver con su incapacidad para el sectarismo y el totalitarismo emocional a Carlos Román le gustaban los diferentes, los que no le daban la razón. Los que no le daban la razón al principio porque en el fondo el caballero andante que llevaba dentro los veía como un reto, como la posibilidad de un duelo de guante blanquísimo y lengua afilada, como un torneo de inteligencias sin más victoria que la pura elocuencia de cada cual. **Seducir es morir como realidad y reproducirse como ilusión**, palabras del filósofo Baudrillard, uno de sus autores de cabecera, la posmodernidad como algo serio, el pensamiento líquido, la vulgarización de las ideas. Hay que leer mucho, a los clásicos y a los contemporáneos para ser pre, por y muy moderno. Tantas cosas intuyó y auguró Carlos, tantas cosas que se nos han venido de golpe porque nos faltan gentes como el, con la mirada abierta. Con la curiosidad intacta.

Con la retranca. Oh la retranca como método del discurso, discurso del método. La gran diferencia con Descartes es que para Román el pensamiento también tenía mucho de juguete, de divertimento. La verdad está en uno mismo dejó escrito en esta su gran obra el filósofo francés del XVII mientras que para Román leídos Marcuse, Derrida y todos los preferentes de la Escuela de Frankfurt es mixta y trufada,. Y comino buen gourmet diría que marida con casi todo siempre que los ingredientes no sean basura.

Fast food, comida basura, pensamiento basura. Ideas que caben en un tuit y recetas, también las económicas, cocinadas en microondas, rapiditas y fáciles, que nos lleven, clin, clin , caja a un programa de televisión donde se chille mucho. El popsmodernismo ya no es lo que era o quién nos iba a decir que el suelo estuviera tan abajo.

Es una falta de racionalidad cartesiana y hasta un insulto para el ausente imaginar siquiera qué hubiera dicho o hecho Carlos Román en el momento presente, ante la crisis ,en la crisis y lo que algunos dicen es el fin de la crisis. Qué actitud habría tenido quien usaba tan hábil como fervorosamente los medios de comunicación y su capacidad de transmitir y de divulgar si ahora viera el espectáculo en que hemos convertido a la información , mucho show y poco info, si asistiera a la fragmentación de los medios, a la caída del imperio de la prensa escrita, la guerra de guerrillas de las redes y la mentira edulcorada como si fuera un nuevo género, fake news, fuck you si ustedes me perdonan pero si hablara a Carlos diría , hay que joderse.

No podemos asegurar qué hubiera dicho Carlos Roman ,ni robarle palabras o ideas a quien nos hubiera sorprendido , seguro, porque era imprevisible. Nada menos elegante que abusar de quien no está para hablar en su nombre, sobre todo porque echándole de menos siempre podemos escucharlo, tomarnos la molestia de buscar aquello que escribió y que previó con esa lucidez tan poco presuntuoso, porque se puede no ser presuntuoso y sin embargo presumido.

Podemos leerlo, sí, podemos volver a recordar cuantas veces le hizo un Safo, a la realidad, cuántas veces nos advirtió de nuestras fortalezas y de nuestras amenazas.

A esa clarividencia obedece esta catedra , estos premios y la constancia de quienes como ustedes comparten su idea de una economía social, su idea de lo público como responsabilidad de todos. Su idea de la capacidad económica del Estado del Bienestar, la eficacia como la más defendible de las justicias. Eficacia y eficiencia, palabras que tantas veces se han abandonado desde postulados de la izquierda como si la meritocracia o el control de gastos o la misma sostenibilidad del sistema público fueran valores de quienes sin embargo prefieren un estado débil, laisser faire, laisser passer, y que si se ha de intervenir se haga en nombre de una economía de grandes cifras y palabras oscuras.

En su nombre , por su nombre, con su nombre se dan estos premios esta mañana y volvemos a hablar de evaluación de políticas públicas, de la necesidad permanente de reevaluación, de corrección, de análisis de aquello que hacemos con el dinero de todos y que debe favorecer a todos. También hablamos de cambio de modelo productivos, que no son mantras que sirven para hilvanar discursos y quedarse contentos, que deben ser acciones concretas que conjuren realmente el fantasma de la subsidiariedad y eviten espectáculos bochornosos como la venta del alma a l capital saudí por un puñado de dolores, el dolor de la perdida de algo más de un puñado de puestos de trabajo.

Se puede recitar a Hordeling y no ponerse lirico ni menos aún retorico o pomposo cuando hablamos de Andalucía y sus posibilidades de desarrollo, no hace falta bautizarla como la California del sur ni la silicón valley del Mediterráneo sino descender a la realidad de un tejido social atomizado y desactivado, tampoco hace falta ponerse mesiánico ni ser Moisés advirtiendo al pueblo elegido del valle de lágrimas y lo duro de ganarse el derecho a la tierra prometida. Se puede ser intensamente poeta y culto y optimista y a la vez pringarse de lo concreto, de la vulgaridad de las cifras. Se puede amar la capacidad emprendedora de las empresas y defender los derechos de los trabajadores. No se admite la codicia como valor de cambio, queda advertido.

Se puede pedir rigor y responsabilidad a la política sin culpar a la política de todos nuestros males. Se puede ser rabiosamente critico sin ser un resentido, se puede ser optimista sin ser ingenuo. Un pesimista atareado como alguien definió una vez a Saramago, el padre de todos los pesimismos y sin embargo tan activo. Se puede buscar la felicidad desesperadamente, como el libro talismán de Comte Sponville, desconfiar de la esperanza como bálsamo de Fierabrás y preferir dar al mazo que orar a cualquier caprichoso destino o cualquier dios.

En tiempos de dogmatismos cuanta luz en todo aquello que escribió y en todo aquello que hizo y como lo hizo. No nos perdonaría, no me perdonaría un ejercicio de nostalgia ni menos aún que lo embalsamáramos como un santo laico, **subir a los altares es la manera más eficaz de inventar al héroe y matar al hombre.** Pero estaría encantado de vernos discutir, de comprobar como algunos de sus augurios han sido verdad, como alguna de sus fórmulas siguen siendo necesarias y útiles.

Fernando Iwasaki , el escritor japo-peruano-sevillano suele decir que sus contemporáneos son aquellos que le acompañan en la vida, aunque alguno de ellos haya nacido en el siglo II de nuestra era. A Carlos Roman le debo muchas lecciones pero por bromas de la memoria hay una que no tiene que ver directamente con su magisterio y sí con su cultura que le agradezco especialmente. Y es haber descubierto, seguramente muy tarde a Arthur Koestler, el escritor, ensayista, periodista , activista y también inquietante espía soviético que coincidió en la cárcel de la Ranilla con el bizco pardales y otros personajes legendarios de nuestro universo local. O ser detenido según contó en la Escritura Invisible en Málaga para ser canjeado por la esposa del aviador franquista Carlos Haya, ese que tantos años ha dado nombre a un hospital que debería llamarse Carlos, sí, pero Carlos Román. Desde allí Carlos me escribió una ultima notita, como un billete escrito por un Mister Darcy a la española , para agradecerme que le mencionara precisamente en un libro que escribí en el que el húngaro Koestler me sirvió como un testigo de las andanzas de un comunista sevillano, espía también en la guerra y la posguerra . En su pulcrísimo estilo además de la gratitud , nada excesiva, aprovechaba para recordarme que había mucho por hacer en la recuperación de la memoria de aquellos a quienes habíamos condenado al silencio, la dictadura por razones obvias y la democracia por desidia y una absoluta falta de generosidad. Me hablaba de algún superviviente de Mathaussen y de los campos de trabajo de la dictadura, Melonares, sin ir más lejos. Nada le era ajeno, insisto en la idea, ni en los últimos meses de su vida. Por eso vuelvo a echarlo de menos cuando se está reclamando la que llamamos memoria histórica, un oxímoron que sin embargo nos vale, al contrario que su contrario, olvido histórico. Los olvidados. Sí : **Nada ni nadie le eran extraños**.

Todos merecíamos tener rostro y voz, a todos nos hacía sentir importantes, valiosos, dignos de ser escuchados.

Por eso una periodista de provincias que escribe cuentos y que se tropieza con los números y que ignora todo de los palabros y la jerga de la macroeconomía está aquí esta mañana. Como pudieran estar tantos y tantas.

Porque en todos y de muy diversas y singulares huellas ha ido dejando su huella. Una huella que no debe ser solamente gratitud o aprecio y aún menos nostalgia. Una huella que es un compromiso porque, y lo cito : **hacer es más interesante que quejarse o es que, decía textualmente, soy tan pesimista que no me quejo nunca.**